

MEMORIA DE TERAPEUTAS A 50 AÑOS DEL GOLPE CÍVICO MILITAR EN CHILE

En el contexto de la conmemoración de los 50 años del golpe cívico militar en Chile ocurrido el 11 de septiembre de 1973, que de acuerdo a las distintas Comisiones de Verdad y Justicia significó un total de 40 mil 175 personas, solamente como víctimas calificadas oficiales incluyendo ejecutados políticos, detenidos desaparecidos y víctimas de prisión política y tortura¹, como un aporte a la recuperación de la memoria y a la reparación de la dignidad de las víctimas, el Instituto Humaniza Santiago y la Revista Clínica y Psicosocial Vincularte ha convocado a terapeutas, psicólogos y psiquiatras, a entregar sus testimonios respecto a la siguiente pregunta:

¿Qué pasó en tu vida a partir del 11 de septiembre de 1973 y cómo impactó en tu vida profesional?

Dr. Jorge Barudy²

COMO SANÉ DE LAS SECUELAS DE LA VIOLENCIA DE LA DICTADURA PINOCHETISTA; GRACIAS A MI RESILIENCIA Y A MI TRABAJO COMO TRAUMATERAPEUTA SISTÉMICO PARA CON OTROS AFECTADOS

Con este relato me sumo solidariamente y con gratitud a la Revista Clínica y Psicosocial Vincularte y al Instituto Humaniza Santiago, que proponiendo este proyecto nos dio la oportunidad de compartir con los lectores, cómo nuestras experiencias de presos políticos y víctimas de la tortura y del exilio, resultado de la violencia organizada por la dictadura de Pinochet -que pasará a la parte asquerosa de la historia por sus crímenes, desapariciones, robos y su cobarde hipocresía- influyó en mi vida personal y profesional.

Creo que desde el momento que me arrestaron me aislaron en una celda, me sometieron a sesiones de tortura y finalmente me conmutaron la condena de cárcel por el destierro, como exiliado en Bélgica. Estuve de una forma vicaria y procedimental, comenzando mi formación como neuropsiquiatra y traumaterapeuta sistémico. Esta experiencia fue el cimiento de mi formación en la Cátedra de Psiquiatría de la Universidad Católica de Lovaina, heredera de la antigua Universidad de Lovaina. Allí conocí a mi mentor, el Catedrático Dr. Franz Baro con quien gracias a su apoyo fundamos la ONG EXIL (Centro médico- psico-social para víctimas de violencia, tortura y violación de los Derechos Humanos) en Bélgica, Bruselas (1975), vinieron después los centros de España, Barcelona (2000) y de Chile, Valparaíso (2004). Las experiencias acumuladas nos permitieron la creación de los Institutos IFIV (Instituto de formación e investigación acción sobre las consecuencias de la violencia y la promoción de la resiliencia) en España (Barcelona) y Chile.

En América Latina, y en particular en Chile, éramos miles los profesionales de la salud que en la década de los 70 habíamos transformado nuestra indignación por la miseria, las

¹ Dato extraído del Programa de Derechos Humanos, Ministerio de Justicia de Chile, el día 3 de julio de 2023, en el siguiente link:
<https://pdh.minjusticia.gob.cl/memoria/#:~:text=De%20acuerdo%20a%20las%20distintas,de%20prisión%20pol%C3%AAdtica%20y%20tortura.>

² **Dr. Jorge Barudy:** Neuropsiquiatra, psiquiatra infantil, terapeuta familiar. Fundador de los centros EXIL España, Bélgica y Chile (Centro médico-psico-social para víctimas de violencia, tortura y violación de los derechos humanos). Co Director de IFIV Instituto de Formación e Investigación Acción sobre las consecuencias de la violencia y la promoción de la resiliencia (IFIV) y del Diplomado de Traumaterapia Sistémica (Barcelona, Madrid, San Sebastián en España, y Viña del Mar, Chile e Hispanoamérica). Email: ifiv2000@yahoo.es

injusticias, las desigualdades, los trastornos mentales que afectaban a la mayoría de nuestros pueblos, en prácticas concretas que contribuyeron a mejorar las condiciones de vida y la salud de los oprimidos. Sólo hacía falta una dosis de sensibilidad y de decencia para darse cuenta de las injusticias estructurales, lo que influyó en mi decisión de estudiar medicina. Mi formación médica en la Facultad de Medicina de la Universidad de Concepción, (1966-1982) me permitió integrar que la salud y la enfermedad era el resultado de las relaciones de las personas con sus contextos de vida. En mis estudios tuve la ocasión de formarme en una concepción holística y social de la salud y de la enfermedad, y aprendí a ejercer mi profesión de una forma comunitaria, respetando los recursos naturales de las gentes.

Mis últimos años de formación y mi graduación coincidieron con los primeros años del gobierno de Salvador Allende. En ese periodo tuve la oportunidad de conocer a numerosos médicos y profesores de las Facultades de Medicina de Uruguay que habían encontrado refugio en Chile; venían de la dictadura de Bordaberry. A través de sus testimonios, conocimos el horror de las prácticas de tortura de los militares de ese país, asesorados por militares norteamericanos, y de las experiencias dramáticas que habían vivido en las llamadas cárceles de extrema seguridad. El golpe militar del *11 de septiembre de 1973* en Chile, echó por tierra el mito de que la Fuerzas Armadas chilenas eran defensoras de la democracia y que, al contrario, eran también los perros guardianes de los intereses de las clases dominantes de la sociedad chilena.

Antes del Golpe militar, los médicos con sensibilidad social, como yo mismo y el 60% de mi promoción, apoyaron y trabajaron en el programa de Salud de Salvador Allende. Pero un grupo de médicos conducidos por el Colegio Médico de Chile se sumó a los sectores golpistas. Coherente con mis ideales sociales y políticos asumí la dirección de un pequeño hospital rural en la ciudad de Puerto Saavedra, en la costa de la ciudad de Temuco, al sur de Chile. Puerto Saavedra es un pueblo que en invierno se quedaba aislado fácilmente. La crecida de los ríos cortaba el único camino que lo unía con la ciudad más cercana. En esas condiciones, había que hacer lo imposible para salvar vidas o hacer nacer por cesárea a un bebé que testarudamente se atravesaba en el útero de su madre. Si encima esto ocurría en la noche, la situación se transformaba en una verdadera odisea, pues el pueblo solo tenía luz eléctrica hasta las ocho de la noche. Los pudientes de la región, ya indignados por los cambios sociales, como la reforma agraria, consideraron nuestros compromisos de apoyo a los más pobres y las poblaciones indígenas como actos subversivos a sus intereses. Por eso, participaron directamente como fuente de información falseada a los militares de nuestras actividades sanitarias y en algunos casos en el arresto y asesinato de voluntarios de salud mapuches.

En las semanas antes del Golpe militar, la situación en la región era tensa y a menudo la prensa de derechas local y nacional me acusaba, junto con el equipo de sanitarios, de subversivo, extremista e incluso de guerrillero. Pero la esperanza, la fuerza y la movilización de la gente del pueblo que asumían tareas de voluntarios de salud eran nuestro apoyo. El programa intercultural de medicina rural que realizábamos, en coordinación con otros tres hospitales, traspasó las fronteras de nuestro país. Sus logros permitieron reducir en poco tiempo la mortalidad infantil, aumentar el número de niños vacunados y bajar las tasas de desnutrición infantil.

Seguramente, estos logros nos permitieron mantener alejada de nuestras mentes la posibilidad de que nuestro proyecto acabara de la forma trágica en que terminó.

Poco a poco el caos, la escasez de alimentos y combustible, así como la escasez de atención médica, fueron creciendo en todo el país. A pesar del esfuerzo y la creatividad de las fuerzas populares por resistir, las opositoras iban siendo cada vez más violentas.

El golpe militar nos sorprendió al despertar y cuando encendimos la radio, oímos con estupor que en todas las emisoras se escuchaba solamente música militar, entrecortada por los comunicados a través de los cuales se amenazaba e intimidaba a la población civil.

Los militares que ocuparon la región torturaban a los dirigentes campesinos y a los jefes

mapuches para hacerles reconocer la existencia de una inventada escuela de guerrilleros. Uno de los objetivos de los interrogatorios era forzarles a reconocer que los jefes éramos el médico que dirigía el programa de medicina rural de la zona y yo mismo. Este médico ejemplar y valiente se llamaba Arturo Hillerns y no tuvo el mismo destino que yo; fue detenido, torturado y asesinado, y su nombre integra la lista de los miles de desaparecidos. El día del golpe todo el personal quedó detenido en el hospital y al día siguiente nos trasladaron, junto con otros nueve miembros del equipo del hospital, en un bus requisado a la cárcel de la ciudad de Temuco, que los militares habían transformado en un campo de concentración.

En el camino hacia la prisión comenzó, sin que aún la concibiéramos así, nuestra resistencia resiliente. Cuando podíamos, ocupábamos el tiempo en darnos ánimo, memorizar teléfonos de familiares y amigos y compartir trucos para sobrevivir. En mi caso, por ejemplo, la última noche que pasé en el hospital, aproveché para meterme en todas las costuras de mi ropa, incluyendo los calzoncillos, comprimidos de Diazepam, porque éstos podrían sernos de utilidad, sobre todo para prevenir las crisis de angustia o de pánico, con la consecuente pérdida de recursos necesarios para afrontar esta situación extrema. Durante el viaje repartí la mitad de mis medicamentos. Sin saberlo, ya había comenzado mi trabajo como terapeuta de víctimas de la violencia, función que no he parado de ejercer.

Llegamos a la prisión cuando ya había caído la noche. La mayoría de los hombres, alrededor de cincuenta, fueron empujados al interior de la prisión; a ocho nos separaron siguiendo las indicaciones de un sujeto vestido de civil. Lo que no sabíamos en ese momento es que el sujeto que nos seleccionó era un siniestro personaje miembro de los servicios secretos. Fue él quien posteriormente dirigió las sesiones de tortura y fue él quien decidió el asesinato de muchos de nuestros compañeros. Cuando la lucha y la resistencia de muchos y muchas hizo posible el retorno a la democracia en Chile, éste sujeto fue identificado y actualmente cumple condena. A estos ocho nos aislaron en celdas diminutas, húmedas y frías, donde no había más que las paredes, una pequeña ventana que daba a un patio y una puerta reforzada que daba a un corredor. Rápidamente nos dimos cuenta de que los ocho seleccionados estábamos en el mismo corredor y que podíamos comunicarnos dando golpecitos en las paredes. Cuando sacaban a alguno para interrogarlo bajo tortura, podíamos darnos cuenta a quién le tocaba por el ruido que hacía la puerta al abrirse. Mi celda era la tercera del corredor y las veces que me sacaron siempre pude recibir el aliento de mis compañeros. De una forma espontánea, cada vez que oíamos que las puertas de las celdas se abrían y uno de nosotros pasaba delante de la puerta del otro, se sentía la voz de los compañeros que nos daban ánimos, nos deseaban suerte y coraje. La construcción de nuestra resistencia resiliente había comenzado. Estuve aislado alrededor de dos semanas y me sacaron para interrogarme un par de veces, siempre de noche. Como a muchas personas que han vivido experiencias extremas similares, difícilmente he podido establecer un relato exacto del lugar, de las veces, los días y la duración de los interrogatorios con tortura en los que fui sometido. Sólo guardo una memoria casi exacta de los detalles y de las situaciones que tuvieron una relevancia emocional para mí. Las investigaciones sobre la memoria en situaciones límites han estudiado este fenómeno.

En mi caso, aun con años de traumaterapia personal, todavía me cuesta poner un orden cronológico exacto a ese periodo de aislamiento y de tortura, pero sí guardo nítidamente en mi memoria situaciones cargadas de emoción. Recuerdo, por ejemplo, que, en uno de los interrogatorios, mientras me torturaban, y estando vendado, no sabía ni cuántos ni quiénes participaban en la sesión de tortura. Tenía la impresión de que eran muchos, pues varios interrogaban. Recuerdo lo absurdo de la situación: ellos se empeñaban en que contestara a las preguntas, levantando el dedo índice. Lo dramático radicaba en que cada choque eléctrico me hacía levantar todos los dedos de la mano, algo que mis torturadores interpretaban como que no quería contestar. En todo caso, era imposible contestar porque las preguntas eran absurdas. Me

interrogaban sobre cuándo y dónde estaban las armas que los soviéticos habían desembarcado de sus submarinos. Ahora, pasado el tiempo, uno puede reírse de lo tragicómico de la situación y de la estupidez de esos militares ignorantes y cobardes. Pero en aquel momento te ponían en una situación imposible, lo que en la teoría sobre la pragmática de la comunicación humana se conoce como doble vínculo, es decir, aquellas situaciones en que cualquier respuesta que uno da produce más sufrimiento, incluyendo la posibilidad de morir. Como éstas no existían, lo más probable era que te siguieran torturando hasta matarte, creyendo que poseías la información. No contestar lo que ellos querían escuchar, también podía costarte la vida. Yo recuerdo haberme salvado en uno de los interrogatorios porque perdí parcialmente la conciencia después de recibir un fuerte golpe eléctrico. Cuando esto ocurrió, me di cuenta de que hablaban entre ellos, diciendo algo así “mierda, se nos fue la mano, lo matamos, te dije que no le dieras tan fuerte”. Sin yo pensarlo, porque en esa situación afortunadamente no se piensa, es tu instinto de supervivencia el que actúa, contuve la respiración todo el tiempo que pude. Esto les alarmó aún más. Otro sujeto entró en escena y sentí que me tomaba el pulso y auscultaba mi corazón diciendo: “ya está bueno por hoy, casi lo matan”. En ese momento era difícil para mí creer que quien me había examinado fuera médico. Siempre me quedó la duda, hasta que años después éstas se disiparon, cuando se constató que muchos médicos militares habían participado en sesiones de tortura.

En los días en que me tuvieron aislado, nunca me sentí realmente solo, pues sabía que los compañeros estaban cerca y nuestras conversaciones, aunque escuetas, me permitieron siempre sentirme parte de un tejido social fraternal y solidario. Por otra parte, el diazepam que consumía disciplinadamente me permitía dormir una parte del tiempo y recuperarme del estrés, acumulando energías para seguir resistiendo. Años más tarde, cuando completaba mi formación como psiquiatra, tuve la confirmación de que ello había protegido mi salud mental. Aprendí que muchas investigaciones han demostrado que, tanto para prevenir las enfermedades mentales, como para disminuir el daño en situaciones traumáticas, el mantener el contacto con los demás era fundamental. Yo me di cuenta de que mi red social de apoyo se había ampliado y fortalecido por la presencia de mi padre.

Uno de los guardianes de prisión me entregó disimuladamente un saco de papel que contenía algunas frutas y en cuyas paredes estaba escrito mi nombre con la letra de mi padre. Saber que mi padre conocía mi paradero y que me hacía llegar ese mensaje metafórico, no sólo significaba que estaba cerca, sino que haría lo imposible por cuidarme: reforzó mis esperanzas de sobrevivir. Después supe que mi padre se enteró de mi detención casi en el momento mismo en que ésta se produjo. Alguien de mi entorno se lo comunicó por teléfono y en el tiempo más corto que pudo recorrió los cuatrocientos kilómetros que separaban Concepción, la ciudad en que él vivía y la de Temuco, donde yo estaba. Desde que llegó, se instaló frente a la puerta de la prisión para evitar mi desaparición. Durante los tres meses que estuve prisionero trabajó ardua y creativamente para obtener mi liberación y dar apoyo y consejo a los cientos de familiares que esperaban noticias de los suyos. Su condición de abogado le facilitó su tarea, pero “su motor”, como él lo expresó varias veces en público, era el amor por sus hijos y el respeto que tenía por nuestro compromiso profesional y social.

Hubo otro suceso durante mi encarcelamiento que fue profundamente significativo porque impactó en mi vida profesional y cuyo recuerdo también anima mis prácticas profesionales en la actualidad.

Ocurrió uno de los tantos días después de un interrogatorio. Ya devuelto a la celda y aun padeciendo los dolores de la tortura, empecé a sentir mucha sed. Los guardias consideraban que no debían darnos agua después de los interrogatorios con electricidad, porque podíamos morir electrocutados. Nosotros pensábamos que dejarnos todo un día sin agua era otra forma de tortura que perseguía debilitarnos. Pensaba qué hacer cuando escuché la voz de un niño a través de la pequeña ventanita de la celda, que por su altura yo no podía ver lo que había, pero sí escuchar.

Una voz infantil pregunto: “¿Quién está ahí?, ¿Cómo te llamas? ¿Por qué te tienen...?” Cuando me convencí de que la voz era real, y no parte de mi imaginario desesperado, le pregunté “¿Quién eres?” La voz me contestó: “Soy uno de los menores que tienen presos” La casualidad quiso que la pequeña ventana de mi celda coincidiera con las ventanas del pabellón donde estaban presos los menores por delitos comunes. Estábamos separados por un patio que no tendría más de tres metros de ancho. “¿Cuántos años tienes? Once” me contestó.

Insistió en saber quién era y cuando le dije que era el médico del Hospital de Puerto Saavedra, respondió: “Eres uno de los políticos, ¿en qué te podemos ayudar?” Me recuerdo haberle contestado: “Tengo sed, no me dan agua, creo que nos quieren matar de sed.” “Aguanta un poco. Te vamos a ayudar...” fue su comentario. Alrededor de media hora más tarde, el mismo chico me decía: “Te vamos a pasar agua. Tú sólo tienes que tratar de alcanzarla”. Y cuál fue mi sorpresa, cuando vi aparecer, a través de la ventana, un tarro vacío de conserva, amarrado a una especie de rama, del cual caían gotas de agua. Los muchachos habían atado unas varas de mimbre, que robaban del taller de cestería donde les hacían trabajar durante el día, en donde amarraron un tarro y me dieron agua. Después de una experiencia como ésta, no es difícil entender que me formara como psiquiatra infantil y, años más tarde, cuando la vida me dio la oportunidad de encontrarme con la psicóloga infantil Maryorie Dantagnan, diseñara con ella la traumaterapia sistémica infanto juvenil.

La traumaterapia es una metodología alternativa para el tratamiento de las secuelas de los traumas infantiles provocados por los malos tratos y los contextos de violencia creados por los adultos. Haber vivido esta experiencia también ha hecho que haya dedicado una parte de mi vida a demostrar científicamente que la delincuencia y la violencia de los jóvenes es la demostración de la incapacidad del mundo adulto de ofrecer a todos los niños una crianza basada en los buenos tratos. Considerar a estos niños y niñas como los únicos culpables de sus comportamientos, que por sus historias trágicas terminan agrediendo o delinquiendo, no es solamente una demostración de una ignorancia inhumana, sino una prueba de la cobardía del mundo adulto y de sus instituciones.

Los menores delincuentes de mi historia se unieron para darme agua sin que ni siquiera me conocieran y sabiendo que no podían obtener nada de mí; fue un gesto de solidaridad que no pude devolverles, pero cada vez que atiendo a un niño maltratado o apoyo la rehabilitación de un chico o chica con trastornos conductuales, estoy simbólicamente devolviendo, a través de ellos, lo que no pude hacer por los niños que me ayudaron en la cárcel.

Sin darle todavía un nombre a mi labor, comencé en la cárcel mi formación como futuro terapeuta de exiliados víctimas de la represión y de la tortura. En la cárcel formamos una comisión de salud integrada por los tres médicos prisioneros como yo. Un pastor evangélico, un sacerdote y dos enfermeros completaban la comisión. Cada vez que llegaba alguien nuevo, casi siempre después de haber pasado por el «infierno», la comisión ponía en práctica un plan de cuidados que se había elaborado durante las reuniones clandestinas que realizábamos en las noches. Esto ocurría también con los que de repente sacaban de nuevo para interrogarles, lo que siempre quería decir: torturarles. No todos resistían psíquicamente de la misma manera, por lo que establecimos también un plan de cuidados especiales para los más vulnerables. Sólo contábamos con las conversaciones destinadas a transmitir apoyo, a calmar la angustia enseñándoles a relajarse y/o comunicar lo que les podía hacer bien, tratando de facilitar la descarga de emociones. Con nuestros escasos medios, intentábamos aliviar el daño físico y reparar el que las sesiones de tortura provocaban en nuestros compañeros. Recuerdo el caso de un compañero que se llamaba Norton, un maravilloso ser humano, animador sociocultural, que antes de su detención trabajaba con jóvenes marginados en los barrios pobres de la ciudad. Era un tipo fuerte y resistente, pero su debilidad era una nariz un poco prominente y que durante varias sesiones los torturadores se entretenían fracturándosela. Cada vez que lo sacaban para

interrogarlo, sabíamos que tendríamos que ponerle la nariz en su lugar. Me encontré con él en Francia, años después de nuestras desventuras: tenía un pequeño promontorio en su nariz, pero estaba derecha.

Uno sale al exilio con pocas maletas, casi con lo que se lleva puesto. En mi caso pude salir con vida de ese infierno y además me acompañaban mi esposa y mis tres hijos. Esto ya fue un privilegio. Cuando se pasa por situaciones extremas, todo se vuelve relativo. Nuestras maletas estaban casi vacías, pero cargaba varios baúles repletos de las experiencias pasadas y sobre todo de las más recientes. Esto les pasa a casi todos los que tienen que abandonar su tierra de origen, después de experiencias como éstas. Se sale con la creencia de que uno se encontrará a salvo de la violencia, reconsiderado y respetado como persona. Afortunadamente, eso es lo que yo y mi familia vivimos, lo que explica que sufrimos solo lo que cualquier persona sufre cuando lo fuerzan a dejar su tierra y sus seres queridos, teniendo que volver a nacer socialmente en un terreno desconocido y sin el apoyo de sus redes. Como que nunca sentimos el rechazo, ni la desconfianza, ni el racismo, pudimos considerar el nuevo lugar de vida como una discontinuidad del infierno del pasado.

Fueron nuestras propias fuerzas resilientes las que, hace más de treinta años, nos animaron a crear en Bélgica el que tal vez fue el primer Centro de Salud para atender a familias de refugiados y, en particular, a las víctimas de la tortura. Ellas mismas nos motivaron a abrir un segundo centro en Barcelona, España, en el año 2000. Ampliamos nuestro campo de acción para dar atención terapéutica a niños y niñas maltratadas, a mujeres víctimas de la violencia machista y a niños y niñas que sufren diferentes tipos de malos tratos antes de ser adoptados.

Mis experiencias e investigaciones al respecto me fueron acercando cada vez más a España y fue en Cataluña donde encontré la más amplia resonancia con mis ideales y proyectos. La tradición solidaria de la sociedad catalana, la fuerza y el compromiso de sus intelectuales y artistas para denunciar la injusticia y la violencia, su lealtad con los valores democráticos y su resistencia casi mayoritaria contra el régimen franquista es lo que explica que hayamos elegido esta tierra como residencia y a su pueblo como nuestra sociedad acogedora. No obstante, reconozco todo lo que la sociedad belga me ha entregado para ser el profesional que ahora soy. Por esto guardo un contacto permanente con Bélgica, además de tener a mis hijos y nietos. Al mismo tiempo, viajando a Chile todos los años, colaboro con el trabajo esforzado y comprometido de muchos profesionales chilenos que han orientado su vocación y su compromiso social, ético y político en la prevención y el tratamiento de las consecuencias de la violencia en los niños, las mujeres y los ancianos. Todas estas actividades son una oportunidad para seguir realizando mis ideales y vincularme con redes sociales nutricias, decentes y solidarias con los refugiados de ayer y los nuevos emigrantes. Pero, además, a través de mi trabajo como psiquiatra y psicoterapeuta de víctimas de violación de derechos humanos, sigo realizando mi terapia y dejando atrás el impacto de la violencia que me tocó vivir, aunque, en situaciones particulares donde me siento maltratado, impotente o enfadado, mis memorias traumáticas se empeñan en despertar.

Sin saberlo, cada uno va construyendo una lectura de sí mismo y de la realidad de su entorno a partir de las interacciones y conversaciones que te bañan y en las que participas desde que naces en tu familia y tu entorno social. En las conversaciones que escuché durante mi infancia, las palabras, “preso político”, “represión”, “migración”, “tortura”, “refugiado” o “demandante de asilo” no tuvieron relevancia hasta que mi propia experiencia fue inundada por mi encarcelación, las sesiones de tortura y el destierro junto a mi familia. No elegimos ser refugiados, fuimos condenados a serlo por la violenta y cobarde represión impuesta por los militares chilenos que derrocaron al presidente Salvador Allende aquel fatídico 11 de septiembre de 1973. Estas vivencias se transformaron en palabras y éstas entraron abruptamente en nuestro lenguaje cotidiano y, por ende, en nuestras identidades. Además de ser lo que ya creíamos que éramos, tuvimos que dar espacio en nuestra mente a los atributos de un ex-prisionero político, un torturado, un exiliado,

un refugiado político. Cada una de esas circunstancias evoca una historia de la que emergen múltiples relatos. Cada una huele a dolor y sufrimiento, pero también a resistencia, a solidaridad, a deseos de vivir e incluso a alegrías. Mi mayor fuente de alegría es haber podido dedicar mis conocimientos y experiencias profesionales a la traumaterapia reparadora de las secuelas provocadas por la violencia cobarde de los responsables directos de las atrocidades, algunas impensables, sobre niños, algunos bebés, mujeres algunas de las cuales están embarazadas y hombres, todos ellos ejemplo de la generosidad y compromiso en la construcción de un mundo más saludable, no violento y más justo. Pero están también los y las instigadoras, los cómplices, a los que sus historias de vida y sus creencias les atrofiaron la empatía y estuvieron de acuerdo, cooperaron, delataron, honraron a los asesinos, desde antes del golpe y lo siguen haciendo después de 50 años.

Desafortunadamente, están los que después de la dictadura negociaron, para disfrutar del goce que da el poder y el dinero, perdiendo la oportunidad de promover y participar en una terapia colectiva a cambio de regalar impunidad a muchos asesinos y disfrutar de los privilegios que otorgan las instituciones estatales.

En ese cruce de indignación por la existencia de esta impunidad de la tropa de renegados y negacionistas y gracias a mi pertenencia a la tribu de personas buenas que han dedicado su vida y su profesión a ofrecer experiencias de traumaterapia sistémica a los afectados, a mis compañeros y a mi familia, yo me fui reparando y adquiriendo esa capacidad que tiene nombre de mujer: LA RESILIENCIA.

Estas experiencias no estaban inscritas en el mapa que cada uno de nosotros había construido para saber de dónde veníamos y a dónde íbamos. Ellas constituyen un conjunto de eventos inesperados que cambiaron el curso de nuestras vidas y nos obligaron a recrear constructivamente nuestros mapas existenciales, incorporando a ellos a tantos otros y otras que han pasado o están pasando por lo mismo, transformando nuestro sufrimiento en solidaridad.